

CARTAS AL EDITOR**Una aproximación explicativa a la pregunta: ¿Es acaso Dios una invención del cerebro?**

Hans Contreras-Pulache^{1, 2, 3}, Samanta Picón¹, Anie S. Soriano-Abal¹, Alonso Zorilla¹, Maricielo Pérez¹, Jeel Moya-Salazar^{1, 2, 4}

¹ Escuela de Medicina Humana, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad Privada Norbert Wiener, Lima, Perú.

² Grupo de Investigación en Neurociencias Aplicadas-GRINA, Universidad Privada Norbert Wiener, Lima, Perú.

³ Grupo de Investigación en Neurociencias Aplicadas-NEURON, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

⁴ Hospital Nacional Docente Madre Niño San Bartolomé, Lima, Perú.

Autor para correspondencia: Jeel Moya-Salazar

Correo electrónico: jeel.moyasalazar@icloud.com jeelms@outlook.com

UNA APROXIMACIÓN EXPLICATIVA A LA PREGUNTA: ¿ES ACASO DIOS UNA INVENCIÓN DEL CEREBRO?

Estimado editor:

Hemos leído con interés ensayo ¿Es acaso Dios una invención del cerebro? de Julieth Barrera Castañeda publicado en esta revista y que ha sido publicado en esta revista y que sucinta para nosotros varias impresiones que pasamos a un puntualizar:

En principio, felicitamos a la revista y a la autora por el hecho de atreverse a poner en nuestra lengua un tema de agenda coetánea sobre el interés de las neurociencias por la explicación del fenómeno religioso. El mérito de la autora hállese en presentar, *grosso modo* dos posiciones americanas contrapuestas: la de Dean Hamer (expuesta en su libro “The God Gene” de 2004) y la de Andrew Newberg (expuesta en su libro “Principles of Neurotheology” de 2016). Ambas publicaciones no se encuentran traducidas al español, y la autora hace bien en resumir la contraposición esencial de ambas partes: para Hamer el “sustrato biológico de Dios es el sistema límbico” mientras que para Newberg “no hay un lugar o área de Dios en el cerebro, ya que en las experiencias místicas activan todas las regiones cerebrales” (1,2). Para cualquier interesado, este aporte es ya suficiente invitación a una lectura más profunda y detallada.

Segundo, a pesar de lo valedero de lo referido líneas arriba, éste se opaca por la discordancia que se expone en el ensayo y el título del mismo. La autora al parecer es consciente de esto y por ello en el último párrafo reconoce que su ensayo “se queda corto” y debido a ello lo cierra con la misma pregunta con que lo abrió. Si bien estamos en la búsqueda de entender el porqué de todas las cosas, no todas siempre van a poder ser explicadas en su totalidad. Creemos que, hasta el final de sus líneas la autora no presenta respuesta alguna a la interrogante que planteó; esta por otra parte, amerita tomar una posición, que lastimosamente la autora no presenta, ya que su breve ensayo alcanza a presentar de modo muy general dos opiniones contrapuestas (Hamer vs Nerwberg).

En los siguientes apartados tomaremos una posición de la Teoría Sociobiológica Informativa (TSI), para referir que:

1. La pregunta adolece de una rigurosidad filosófica. Este tema es, por demás, el sesgo en que cae toda la investigación contemporánea en neurociencias (3). Como afirma el filósofo Slavoj Žižek: “[Los neurocientíficos] son incapaces de dar cuenta del estatus de su propia teoría”, y, por lo tanto, no están a la altura de dar respuestas a “preguntas imposibles” (4). La falencia, en específico, se llama: “falacia mereológica” y, en breve, hace referencia al hecho de otorgar al órgano (el cerebro) una propiedad inherente de la persona. Así, quienes caen, muchas veces sin darse cuenta, en este sesgo, suelen afirmar que el cerebro *siente*, el cerebro *piensa*, el cerebro *decide*, el cerebro *crea* o, como parece entender la autora en el ensayo que comentamos, el cerebro *inventa*. Respecto a lo que puntualizamos habremos de afirmar que sea lo que sea Dios, no es una invención del cerebro, puesto que el cerebro no inventa nada, por que quien inventa es la persona, la persona concreta, es decir, la persona social, económica, tradicional, cultural, y política, que está sujeta a sus condiciones de vida y a su historia personal (5)
2. El aporte que resalta Newberg, según el cual las personas mostramos una “predisposición a creer en Dios” ha sido ya sustentado hace más de dos décadas por Matthew Alper en su libro *The “God” Part of the Brain: A Scientific Interpretation of Human Spirituality and God* de 1998 (6). Según Alper, existiría una condición universal que sería la espiritualidad sobre la cual se edificaría ontogenéticamente, la religiosidad. Esto explicaría, por ejemplo, por qué un católico cuando tiene “visiones” o “experiencias místicas” no ve (cuando “ve”) a Buda sino a Cristo.
3. Un error que comete la autora radica en afirmar que “en los últimos 10 años se ha tratado de encontrar la explicación científica de la fe”, cuando realmente sí hay un interés por parte de las neurociencias de darle una explicación (a pesar de ya tener asumida una posición dogmática de que esta es una pregunta imposible). Pareciera que la autora desconoce una obra primordial como “*The Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature*” escrita por William James (7), filósofo y uno de los fundadores de la psicología, hace más de un siglo (1902).
4. Al parecer la autora quiere decir “neurocientífica” cuando escribe “científica”. Quizá por esto, no da respuesta a la pregunta que presenta en su ensayo, ya que al confundir “ciencia” con “neurociencia” pasa por alto que la primera tiene más de un siglo intentando dar respuesta, sin lograrlo aun cabalmente, a una pregunta imposible para la segunda.
5. Autodenominarse “neuroteólogo”, como es el caso de Hamer, es a nuestro entendimiento un poco desesperante, ya que la neurología connaturalmente confiere el poder de estudiar la intersección entre mente y cerebro, o su equivalente, fe y ciencia. Es decir, no es necesario denominarse de una manera en específico para pretender explicar a Dios (cosa que es imposible ya que “dios” abunda en definiciones), a los fenómenos espirituales, a la religión, y relacionarla con la mente. Aunque la intención de la autora de esclarecernos ambas posturas frente a esta pregunta es agradable.

Finalmente, si estamos exigidos a dar respuesta aunque no necesariamente definitiva, más por el contrario cabal de términos de mostrar una posición, a la pregunta que propone la autora en su ensayo, aunque no da a conocer respuesta alguna, diremos que, sociobiológicamente, Dios es información social. Por lo mismo, y aquí coincidimos con Newberg, ya que nos parece que Hamer comete el error de todo neurocientífico contemporáneo de no someter a juicio crítico los conceptos que utiliza.

El sistema límbico no es un substrato biológico, como muchos "neuroteólogos" implícitamente denominan el "penthouse" de Dios. Por lo mismo, es incongruente encasillar algo inmaterial en algo material (consecuentemente, tampoco puede encontrarse en ese pequeño infinito entre las sinapsis neuronales, e infinito glial). El llamado sistema límbico solo tiene sentido cuando se explica la naturaleza humana desde una posición dualista o bipartita, sostenida desde Aristóteles hasta Darwin, y ejercida por casi todos los neurocientíficos modernos que, como hemos dicho, carecen de rigor filosófico.

En síntesis, creer en el "sistema límbico" implica no diferenciar entre la naturaleza humana y la naturaleza animal y, nosotros, consideramos que entre la una y la otra se abre una brecha insalvable, según la cual, por ejemplo, Dios no existe en tanto no exista el ser humano. En todo caso la autora debe aclarar primero si se refiere al Dios de los seres humanos o al Dios, si es que existe, cosa que no creemos, del macaco, del primate, o del mamífero.

Nuestra coincidencia con Newberg, referida previamente, antecede a todo ser humano (que nace en sociedad), y que en el transcurso de su vida particular construye su conciencia, es decir, su estructura neocortical (entiéndase: la corteza homotípica eulaminar). Es decir: Dios será un sentimiento, será conocimiento o será una motivación, dependiendo de si se asienta, respectivamente, en la corteza de asociación temporal anterior (y frontal orbitaria), parietotemporooccipital, o prefrontal dorsolateral y medial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Hamer DH. *The God Gene: How Faith Is Hardwired Into Our Genes*. New York: Doubleday Press; 2004.
2. Newberg AB. *Principles of Neurotheology*. Routledge Science and Religion Series; 2016.
3. Bennett MR, Hacker PMS. *Philosophical Foundations of Neuroscience*. 1th Ed. New Jersey: Wiley-Blackwell; 2003.
4. Žižek S. *Interrogating the Real*. London: Bloomsbury Publisher; 2006.
5. Ortiz P. *Introducción a la Psicobiología del hombre*. Lima: Fondo editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; 2009.
6. Matthew A. *The "God" Part of the Brain: A Scientific Interpretation of Human Spirituality and God*. Toronto: Rogue Press; 1998.
7. James W. *The Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature*. United States: Longmans, Green & Co.; 1902.